

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, MIÉRCOLES 15 DE SETIEMBRE DE 1920

Nº 3

PALABRAS MEMORABLES

A LOS COSTARRICENSES:

COMO un tributo de consideración por el comportamiento que ha tenido Costa Rica, durante la cruda crisis de Centro América, y que hasta el día conserva en medio de la ruina que han sufrido y en que están anodadas las instituciones de la República; yo dedico a los pueblos costarricense la defensa que presento al Tribunal augusto de la opinión nacional.

Costa Rica, en donde verdaderamente han gobernado funcionarios que tienen virtudes republicanas: Costa Rica en donde únicamente se han obedecido las leyes: Costa Rica, que cuerdaamente se ha eximido todo lo posible de los males de la revolución, y que se encuentra sin el oprobio de los bienes que han cogido los jefes revolucionarios; es la porción de Centro América que, en mi concepto, y según el juicio de las personas imparciales, que conocen nuestras desgracias, merece los encomios que siempre acompañarán a los pueblos virtuosos.

Proscrito por los enemigos del orden, de la paz y de la prosperidad de

la patria, nada me ha quedado que pueda ofrecer a los costarricense en demostración de mi gratitud, por no haberse desviado del camino recto de la ley y de la razón: toda mi riqueza consiste en las sanas intenciones que me guiaron cuando goberné la República; y os las presento en este libro, cierto de que la ofrenda es digna de vosotros, porque sois testigo de que siempre habéis unido vuestros pasos a los esfuerzos que he practicado por evitar los desastres de la nación; y no dudo que en la actualidad dirigís, así como yo, fervorosos votos al trono del Altísimo por la mejora y felicidad de la hermosa y amada Centro América.

MANUEL JOSÉ ARCE.

Primer Presidente
de Centro América.

Méjico, 18 de junio de 1830.

(De la Memoria).

Renovemos el juramento de seguir por el buen camino de los mayores y garanticemos con nuestra conducta loable el honroso fallo del prócer.

PRENSA

LA frase célebre del pensador alemán, «LUZ, MÁS LUZ», la interpreta el mundo moderno en expresiones que revelan un igual amor a la verdad o una fe profunda y religiosa en la inteligencia. «Prensa, más prensa», equivale a eso también, «Escuela, más escuela». Ambos reclamos acusan una semejante necesidad de iluminación superior, imperiosa iluminación del interior humano en esta hora suprema en que el mundo apela a todas sus fuerzas morales para despertar en el hombre el sentimiento de su propia majestad y la conciencia de sus destinos.

Y cosa curiosa, aunque perfectamente justificable. Después de la guerra, la mayor preocupación espiritual de los pueblos ha sido la de apresurarse a realzar el valor de la escuela

pública para hacerla más eficaz en su finalidad constructiva de altas ideas y de mejores sentimientos, y en promover publicaciones de todo orden para esparcir ideas de esperanza y de fe varonil en el porvenir, todo para curar a la sociedad del inmenso mal que se hizo lanzándose en una guerra cruel y primitiva.

El desarrollo de la prensa para un país libre es tan virtuoso como lo fuera la promoción, en grande, de sus instituciones escolares. Y es más aún, una y otra cosa determinan, desde luego, el estado moral de la sociedad, hacen sentir su anhelo de crecer, de fortalecerse, de mejorarse. Y en todo caso, se trata de instituciones que viven naturalmente de la sustancia de la libertad, prosperan bajo el amparo de la justicia y nacen de la fuerza del

bien y para servicio del bien. Por eso precisamente el mal las persigue, las destruye o las corrompe, y de ahí que la tiranía, a pesar de su desgarbo, prefiere la oscuridad para ocultar sus complicidades y por esa razón menosprecia a la escuela, y a la prensa la mata o la debilita. Si donde quiera que se abre una escuela hay una lámpara que se enciende, en donde quiera que se lanza un periódico, hay una nueva fuerza que puede y debe trabajar en favor de los nobles intereses de una sociedad.

A cualquiera nación le conviene, como principio de salud, el amplio desarrollo de estas instituciones, porque todas ellas son formas de su defensa, de la defensa de su virtud y de su propia vida. Más, si se quiere vivir en república, que es, por condición orgánica, un sistema de deliberación y análisis y de intervención constante del ciudadano en la cosa pública. Y a la Prensa, como cuerpo colectivo, le conviene—desde un punto de vista moral—su propio fortalecimiento: cada progreso que realice, cada ventaja que conquiste, cada hoja nueva que se produzca, acrecienta su poder social y son caudales de energía que la renuevan, que la vitalizan y que amplían sus posibilidades de acción. La Prensa no tiene, en el fondo, más que una soberana finalidad, y es la de organizar la opinión pública, darle una voz y armas para reclamar el derecho y hacerlo real, y para combatir las fuerzas que, en el hombre o en las instituciones, trabajan sorda o francamente contra el orden de las sociedades.

No puede perderse de vista esta circunstancia sin incurrir en el error tremendo de dejar a la República sin sus propios y naturales elementos de vida. A la república hay que construirla desde fuera, mejor desde el hogar, desde los centros sociales, desde la escuela, desde la Prensa. Nosotros, los americanos, hemos procedido desde otra parte y por ello la república nos resulta imposible y hasta invivible: hemos perdido la fe en el hogar como constructor de virtudes, nuestros centros sociales son todos efímeros, creemos que nuestra escuela está desorganizada y nuestra Prensa no siempre se mantiene en una elevada posición. Hemos creído construir la república creyendo que todo depende de elegir un buen presidente o de organizar un